

El Pentecostés

Hechos 2:1-13

“Cuando llegó el día de Pentecostés estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran. Vivían entonces en Jerusalén judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Al oír este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban atónitos y admirados, diciendo: —Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de África más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Estaban todos atónitos y perplejos, diciéndose unos a otros: —¿Qué quiere decir esto? Pero otros, burlándose, decían: —Están borrachos.”

1. Dejaremos la narrativa y la historia de este día, junto con el hermoso sermón del Espíritu Santo predicado por medio del apóstol San Pedro, que sería completamente apropiado tratar en este tiempo, para los sermones particulares de todas las fiestas del año. Por ahora, diremos un poco acerca del motivo de esta fiesta, sobre el oficio del Espíritu Santo.
2. Este es el origen de la fiesta que llamamos Pentecostés. Cuando Dios sacó a los hijos de Israel de Egipto, les hizo observar la Pascua esa misma noche, y les mandó celebrar esto al mismo tiempo cada año como conmemoración de su liberación y salida de Egipto. Desde ese día viajaron cincuenta días al monte Sinaí. Allí Dios les dio la Ley por medio de Moisés. Se les mandó observar una conmemoración de eso cada año en el día cincuenta después de la Pascua. De eso, esta fiesta recibe su nombre “Pentecostés”, que viene del griego *Pentecoste* y significa “el día cincuenta”. Nuestros sajones, algo más como los griegos, lo llaman *Pfingsten*. Por eso Lucas aquí dice: “Cuando llegó el día cincuenta después de la Pascua”, y habían celebrado lo que sucedió cuando Dios dio al pueblo la ley en el monte Sinaí, luego vino el Espíritu Santo (así como Cristo les había prometido) y les dio otra ley nueva. Así celebramos la fiesta no debido a la antigua historia, sino debido a la nueva historia, a saber, por el envío del Espíritu Santo. Por eso debemos dar una pequeña instrucción y señalar la diferencia entre nuestro Pentecostés y el de los judíos.
3. Los judíos observaron la fiesta porque la ley se les dio en forma escrita, pero nosotros debemos celebrarla porque la ley de Dios se nos ha dado espiritualmente. Para explicar esto, primero necesitamos a San Pablo, que hace esta distinción y habla de una

predicación doble en 2 Corintios 3:6-11. Así como la predicación es doble, también los pueblos son dos.

4. Primero, la ley en forma escrita es lo que Dios mandó y puso por escrito. Por eso se llama “escrita” o “letras”, si no va más lejos y entra en el corazón. No siguen ningunas obras de ella aparte de la pura hipocresía, y solo se fuerza externamente. Puesto que solo se puso en escritura y letras, toda está muerta y ha matado y, además, gobierna a un pueblo muerto. El corazón estaba muerto porque no guardó los mandamientos de Dios en el corazón. Si a todos se les permitía el libre albedrío y a hacer siempre lo que quería sin necesitar temer ningún castigo, no se hallaría a nadie que no preferiría que se les quitara la ley.

La naturaleza seguramente siente que preferiría hacer lo que desea, y sin embargo tiene que hacer otra cosa. Piensa: “Dios me castigará y me echará en el infierno si no guardo sus mandamientos”. Así se siente la naturaleza humana cuando involuntaria y renuentemente actúa contra su voluntad. Por tanto, debido al castigo, la persona rápidamente se hace hostil contra Dios, puesto que siente que es un pecador, no está recto con Dios, y no puede ser su amigo; hasta preferiría que no hubiera Dios. Este resentimiento hacia Dios está pegado en su corazón, sin importar cuán hermosamente la naturaleza se adorna exteriormente. Así vemos que la ley, porque está en forma escrita y en letras, no hace a nadie justo y no entra en el corazón. Hemos predicado y escrito mucho sobre esto en otras partes.

5. La otra ley es espiritual, no escrita con pluma y tinta, y no hablada con la boca como Moisés se ocupaba con las tablas de piedra. Más bien, como vemos aquí en esta historia, el Espíritu Santo vino del cielo y los llenó a todos juntos, de modo que tenían lenguas partidas y encendidas y predicaban con valentía, en forma muy diferente de antes, y todos se maravillaron y se asombraron por ello. El Espíritu vino, se derramó sobre sus corazones, y los hizo otras personas que amaban a Dios y gustosamente hacían lo que él quería. Eso es nada menos que el Espíritu Santo mismo, o al menos la obra que hace en nuestros corazones. No escribe nada sino llamas encendidas en el corazón y lo vivifica, de modo que brota con lenguas encendidas y manos ocupadas y se hace un nuevo hombre que siente que tiene un entendimiento, espíritu y mente completamente diferentes que antes. Todo, el entendimiento, la luz, la valentía y el corazón ahora están vivos y queman con el deseo de todo lo que agrada a Dios. Esa es la verdadera distinción entre la ley escrita y la ley espiritual de Dios, por la cual vemos qué es la obra del Espíritu Santo.

6. De esto también debemos aprender cuál es el oficio del Espíritu Santo en la iglesia y cómo y por cuál medio es recibido y obra en el corazón. Antes la gente predicaba que solo hacía e inspiraba lo que decidían los concilios y el Papa mandaba en la ley sin espíritu, en donde todo es solo externo, mandado acerca de cosas externas, y gobierna externamente. ¡Pero eso es absurdo y cabizbajo! Cambian la obra del Espíritu Santo, que debe ser una ley espiritual y viva, en una ley escrita, muerta, y así hacen de él un Moisés y una invención humana sin valor. Lo hacen porque no saben qué es el Espíritu

Santo, por qué se dio, y cuál es su oficio. Por eso, aprendamos y comprendamos bien lo que es, para que sepamos como dividir su oficio.

7. Así dice aquí que descendió y llenó a los discípulos, que habían estado lamentando y asustados. Encendió y partió sus lenguas para que se hicieran confiados y predicaran con valentía acerca de Cristo sin temer nada. Así ves claramente que su oficio no es escribir libros ni hacer leyes, sino es un Espíritu que escribe en el corazón y crea nueva valentía, de modo que la gente sea alegre ante Dios, lo ame y luego sirva al pueblo con un espíritu gozoso.

8. Pero ¿cómo hace esto, y qué es el truco que usa para cambiar el corazón y hacerlo nuevo? Lo hace proclamando y predicando al Señor Jesucristo, como Cristo mismo dice: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (John 15:26). Ahora, hemos oído con frecuencia que es el evangelio que Dios envía para ser predicado en el mundo y hablado a todos, porque nadie puede ser justificado por la ley; más bien, solo se hace peor. Por eso envió a su querido Hijo para morir y derramar su sangre por nuestros pecados; de los cuales no podíamos librarnos con nuestros poderes y obras.

9. Sin embargo, es necesario que lo que se predica también se crea. Dios da al Espíritu Santo para meter esa predicación en el corazón para que permanezca y more allí. Ciertamente es cierto que Cristo ha hecho todo, quitado los pecados y conquistado todo, para que por medio de él seamos señores sobre todas las cosas. El tesoro está allí en un montón, todavía no distribuido ni aplicado en todas partes. Por tanto, si debemos tener ese tesoro, el Espíritu Santo tiene que venir y ponerlo en nuestro corazón, de modo que creamos y digamos: “Yo también soy uno de los que deben tener este tesoro”. Luego esta gracia se ofrece por el evangelio a cada uno que lo oye, y se le invita a tomarlo, como dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados” (Mateo 11:28).

10. Ahora, si creemos que Dios así nos ha entregado y dado este tesoro, entonces el corazón humano tiene que anhelar a Dios, levantarse y decir: “Querido Padre, si es tu voluntad mostrarme amor y fidelidad tan grande e ilimitado, también te amaré desde el corazón y alegre y gustosamente haré lo que te agrada”.

El corazón ahora nunca mira con recelo a Dios, ni piensa nunca que lo echará al infierno, como antes que viniera el Espíritu Santo, cuando no sentía ninguna bondad, ningún amor ni fidelidad, sino solo la ira y el desagrado de Dios. Pero ahora el Espíritu Santo hace penetrar en el corazón que Dios es bondadoso y misericordioso hacia él, y el corazón se hace alegre y no asustado, de modo que por amor a Dios hace y sufre todo lo que hay que hacer o sufrir.

11. Así debes aprender a conocer al Espíritu Santo, para que estés consciente de por qué se dio y cuál es su oficio, a saber, tomar este tesoro, Cristo, con todo lo que tiene, dado y proclamado a nosotros por el evangelio, y aplicar y ponerlo en tu corazón para que él sea tuyo. Cuando cumple eso y lo sientes en tu corazón, luego en consecuencia tenemos que decir: “Si esto quiere decir que mis obras no ayudan, sino el Espíritu Santo tiene

que hacerlo, entonces ¿por qué debería luchar con obras y leyes? Así todas las obras y leyes humanas, aun la ley de Moisés, caen a tierra. El Espíritu Santo lo enseña mejor que todos los libros, porque él entiende las Escrituras mejor que todos los que solo tratan con la ley.

12. Por tanto, no necesitamos libros más que para fortalecer la fe y demostrar a otros que lo que el Espíritu Santo enseña está escrito en ellos. No debemos guardar la fe solo para nosotros mismos, sino dejar que prorrumpe; para establecer y demostrarla, necesitamos la Escritura. Por tanto, ten cuidado de que no consideres al Espíritu Santo como un legislador, sino el que predica el evangelio de Cristo en el corazón y libra a la gente para que no quede ninguna letra, o solo queda por amor a la predicación.

13. Aquí debemos ser inteligentes y saber que todo esto no sucede en tal forma que haya alguna persona que tiene el Espíritu Santo y ya es tan perfecto que no siente nada de la ley y el pecado y es totalmente puro. No predicamos del Espíritu Santo y su oficio como si él ya hubiera llevado y cabo y completado todo, sino más bien que ha comenzado y ahora siempre está activo, de modo que trabaja siempre más en esto y no cesa. Por tanto, no hallarás tal persona que esté sin pecado y sin tristeza, llena de justicia, llena de gozo, y sirviendo a todos voluntariamente. La Escritura ciertamente dice lo que hace el Espíritu Santo, a saber, que su oficio es liberar del pecado y el temor, pero no es completamente terminado.

Por tanto, el cristiano en alguna parte de su corazón debe sentir su pecado y temer la muerte, porque todo lo que aflige a los pecadores lo oprime. Los incrédulos están tan atascados en sus pecados que no prestan atención a esto, pero estos, los creyentes, ciertamente lo sienten. Pero luego tienen un auxiliador, el Espíritu Santo, que les consuela y fortalece hasta que haya cumplido totalmente la cosa y haya puesto fin a ella; entonces ya no percibirán ninguna de estas cosas.

14. Por tanto, digo que debemos ser prudentes y tener cuidado para no jactarnos ni gloriarnos atrevidamente acerca del Espíritu Santo, como lo hacen ciertos fanáticos arrogantes, presuntuosos. Nadie debe estar demasiado seguro ni imaginar que sea perfecto en todo respecto. El buen cristiano todavía es carne y sangre, así como el resto de la gente, excepto que lucha contra el pecado y los malos deseos y siente lo que no quiere sentir, mientras otros no toman interés ni luchan para nada contra ello.

15. No importa si sentimos malos deseos, con que luchemos contra ellos. Por eso, tal persona no debe juzgar según sus sentimientos como si estuviera perdido, sino trabajar contra los pecados restantes que siente durante toda su vida, dejar que el Espíritu Santo trabaje en él, y suspirar sin cesar por ser libre de esos pecados. Este suspirarse nunca cesa en los creyentes, y va más profundo de lo que se puede decir, como San Pablo dice en Romanos 8:26. Pero tienen a un Oyente precioso, a saber, el Espíritu Santo mismo, que ciertamente percibe este anhelo y da a tales conciencias el consuelo divino.

Así nuestra condición siempre debe ser mixta, de modo que sintamos tanto el Espíritu Santo y nuestros pecados e imperfección. Nuestra condición siempre debe ser la de un

hombre enfermo que está bajo cuidado de un médico y que debe mejorarse. Por tanto, nadie debe pensar: “Porque este hombre tiene el Espíritu Santo, debe ser completamente fuerte, solo hacer obras valiosas, y no tener ningún defecto”. No, no es así, porque mientras vivimos en la carne en la tierra, no podemos llegar tan lejos como para estar sin ninguna debilidad ni defecto. Por eso aun los santos apóstoles mismos lamentaban sus tentaciones y tristezas. Así el Espíritu Santo ciertamente está escondido de ellos en cuanto a sus sentimientos, excepto que les fortalece y les preserva en sus tentaciones por la palabra y la fe.

16. Por eso el Espíritu Santo no se da a nadie excepto precisamente los que están en tristeza y angustia, en donde el evangelio produce provecho y fruto. El don es tan alto y noble que Dios no lo echa a los perros y cerdos, puesto que aun si sucede que lo oigan predicado, lo devoran sin saber lo que están devorando. Para el evangelio, tiene que haber corazones que sienten y ven su miseria y que no pueden salir de ella. Tiene que haber temblar si el Espíritu Santo va a venir y ayudar. Nadie debe meter en la cabeza la idea de que sucederá de otra manera.

17. También vemos esto en esta narrativa. Los queridos discípulos antes se sentaban en temor y susto. Todavía estaban desolados, sin valentía, en esa incredulidad y casi se desesperaban. Cristo tuvo que trabajar y esforzarse mucho para alegrarlos otra vez. Sin embargo, no había otro defecto que sus propios corazones tímidos que temían que se les caía el cielo. El Señor mismo no podía consolarlos lo suficientemente hasta que les dijo: “El Espíritu Santo vendrá a ustedes desde el cielo. Me pondrá en sus corazones en tal forma que me conozcan, y por medio de mí, al Padre. Entonces sus corazones serán confiados y fortalecidos y llenos de gozo”. Eso luego se les cumplió hoy.